

ANTOLOGÍA

NUEVA YORK

RELATOS



NARRATIVA

M.A.R. Editor



ANTOLOGÍA
NUEVA YORK

RELATOS

narrativa

M.A.R. Editor

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De las respectivas obras: © María Zaragoza, Lourdes Ortiz, José Luis Ordóñez, Juan Vivancos Antón, Jesús Yébenes, Nelson Verástegui, José Luis García Rodríguez, Andrés Fornells, Juan Serrano, José G. Cordonié, Carlos Augusto Casas, José M. Fernández Argüelles, Andrés Trapiello, Cristina Ruberte-París, José Vázquez Romero, Joaquín Leguina, Elena Marqués, Juan Martini, Manuel Gómez Gemas, Fabricio de Potestad, Jorge Majfud, Joseba Iturrate, El Vizconde de Saint-Luc, Álvaro Díaz Escobedo, Isaac Belmar, Miguel Ángel de Rus, José Luis Alonso de Santos, Tomás Pérez Sánchez, Mar Cueto, Francisco Legaz, Pedro Amorós, Anunciada Fernández de Córdova y Chester Himes con autorización de Himes Literary Estate & Trust.

De las traducciones: © José Luis Gª (inglés)

De la edición: © M.A.R. Editor

Edición y prólogo de Miguel Ángel de Rus

De la foto de portada © Fotolia.com

De las fotos de contraportada, solapa y página 4: © Rafael Trapiello

Junio de 2012

<http://www.mareditor.com>

ISBN: 978-84-939322-5-1

Depósito legal: M-20140-2012

Diseño de la colección: Absurda Fabula

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

PRÓLOGO

Al hacer una antología sobre Nueva York se puede caer en la fascinación o en la denuncia, en la descripción alucinada del ambiente turístico o en lo más sórdido de las calles desconocidas en las que duermen a la intemperie los *homeless*¹, en el drama-espectáculo de las Torres Gemelas o en el Nueva York de los dulces años en que parecía que el mundo sólo podía ir a mejor y que la ciudad era una fiesta continua. Por ello, en M.A.R. Editor hemos procurado mantener un equilibrio entre todas las posturas y entre los autores clásicos, los clásicos vivos, y los autores que se abren camino y que aportan una visión fresca y distinta de una ciudad que fascina o que repele, principal destino turístico del planeta.

Por ello se han buscado autores que nos han sido contemporáneos, como el gran Chester Himes, para mostrar el N.Y. más duro; clásicos de los años del gran desarrollo neoyorquino como O. Henry, Francis Scott Fitzgerald, Edgar Allan Poe, Ambrose Bierce o Henry James; destacados autores actuales que resultan muy familiares a los buenos lectores, como Lourdes Ortiz, María Zaragoza, Andrés Trapiello, José Luis Alonso de Santos y Joaquín Leguina, y autores de España e Hispanomérica cuya gran calidad no está en relación con la fama, y que nos presentan obras de verdadero interés, como José Luis Ordóñez, Juan Vivancos Antón, Jesús Yébenes, Nelson Verástegui,

1. Personas sin techo, sin hogar.

José Luis G^a Rodríguez, Andrés Fornells, Juan Serrano, José G. Cordonié, Carlos Augusto Casas, José M. Fernández Argüelles, Cristina Ruberte-París, José Vázquez Romero, Elena Marqués, Juan Martini, Manuel Gómez Gemas, Fabricio de Potestad, Jorge Majfud, Joseba Iturrate, El Vizconde de Saint-Luc, Álvaro Díaz Escobedo, Isaac Belmar, Tomás Pérez Sánchez, Mar Cueto, Francisco Legaz, Pedro Amorós y Anunciada Fernández de Córdoba, que cierra este libro de relatos con un curioso poema a los taxis de Nueva York, uno de los iconos culturales del tiempo presente (para bien o para mal), como sabe cualquier amante del cine.



En *Nueva York* pretendemos dar gusto a los amantes de la mejor literatura, desde la negra a la romántica, pasando por la denuncia o la crónica desgarrada, a quienes buscan en este libro una guía para conocer mejor la ciudad y empaparse de buenos relatos y descripciones antes de iniciar el viaje a la Gran Manzana, a quienes sienten fascinación por la ciudad y su mitología y buscan reencontrarse en estos textos con sus fantasmas y sus pasiones ocultas; a quienes gustan del musical y disfrutarán al reencontrarse con teatros como el Majestic, el Richard Rogers, el Brooks Atkinson, el Belasco o el American Schoenfeld; a quienes descubrieron N.Y. en sus lecturas de autores como Washington Irving, Paul Auster, Henry James, Chester Himes, O. Henry, John Updike, Dos Passos o Ambrose Bierce y pretenden renovar aquellas excitaciones literarias con la obra de nuevos autores. Y, por qué no, a quienes buscan ese restaurante mexicano en el que transcurre una historia pasional o un *bar and books*² donde tomar una copa imaginaria con esa persona que nos gustaría que nos acompañara a la ciudad y a quienes quieren encontrar en estas páginas aquella localización utilizada por Woody Allen en una película. Nueva York es ante todo una ciudad cinematográfica, pero aquí se ofrece también la ciudad literaria, la ciudad-escaparate, la ciudad del crimen, las calles en la hora en que se apagan la mayoría de las luces y los gigantes luminosos dejan de atraer al viajero.

Clásicos, clásicos vivos y la mejor nueva literatura se funden en este *Nueva York*, un cóctel largo y de sabor profundo, clásico y chispeante. Es la visión de una misma realidad desde muchas y diferentes perspectivas, un placer tanto para el lector como para el viajero.

2. Un café al modo antiguo con estanterías llenas de libros.

O. HENRY

La voz de la ciudad



O. HENRY

(Greensboro, Carolina del Norte, EEUU, 1862 - Nueva York, EEUU, 1910).

Era el seudónimo del escritor, periodista, farmacéutico y cuentista estadounidense William Sydney Porter.

Se le considera uno de los maestros del relato breve, su admirable tratamiento de los finales narrativos sorprendivos popularizó en lengua inglesa la expresión «un final a lo O. Henry».

En 1894 fundó el semanario humorístico *The Rolling Stone*. Fue acusado varias veces de malversación de fondos y desfalco, la última de las cuales huyó por siete meses a Honduras. Al volver a EEUU fue encarcelado. O. Henry comenzó a escribir relatos cortos durante su estancia en la cárcel.

Tras salir de la cárcel, en Nueva York, la ciudad que el escritor amaba y escenario de muchas de sus narraciones, O. Henry obtuvo el reconocimiento por parte del público. Desde diciembre de 1903 hasta enero de 1906 escribió una historia a la semana para el *New York World*.

Entre sus obras destacan sus antologías *Heart of the West* (*Corazón del Oeste*), *The Four Million* (*Los cuatro millones*) y *Of Cabbages and Kings* (*De reyes y repollos*). Otros grandes relatos de O. Henry, traducidos al castellano son: *Best seller*, *Memorias de un perro amarillo*, *Un amante tacaño*, *Regalo de Reyes*, *Déjeme tomarle el pulso*, *Vocación mesiánica*, *El oro que relucía*.

Hace veinticinco años los colegiales solían recitar la lección con un sonsonete. El estilo con el que pronunciaban aquella salmodia monótona era una mezcla de sermón sacerdotal y zumbido de aserradero. No pretendo con ello ofender a nadie. Tiene que haber por fuerza maderos y serrín.

Me acuerdo de una bonita e instructiva cancioncilla que surgió de la clase de fisiología. El verso más sorprendente de todos era estea:

«El hueso más largo del cuerpo humano es la es—pi—niii—lla.»

¡Qué bueno habría sido si nos hubiesen inculcado todos los datos corporales y espirituales que conciernen al hombre tan melodiosa y lógicamente en nuestros jóvenes cerebros! Pero los conocimientos que adquirimos en anatomía, música y filosofía fueron exiguos.

El otro día me sentí confuso. Necesitaba un rayo de luz. Volví a aquellos días del colegio en busca de ayuda, pero entre aquellas armonías que pronunciábamos como en un lamento desde los duros bancos, no pude recordar ni una sola que hablase de la voz del género humano en aglomeración. En otras palabras, del mensaje vocal articulado de la masa humana. En otras palabras, la Voz de una Gran Ciudad.

No es la voz individual lo que está ausente. Entendemos la canción del poeta, el murmullo del río, al hombre que nos pide cinco dólares hasta el lunes siguiente, las inscripciones de las tumbas de los faraones, el idioma de las flores, los golpes de batuta del director de orquesta, y el preludio que entonan los cántaros de leche a las cuatro de la madrugada. Algunas personas de

oído muy fino llegan incluso a asegurar que son capaces de percibir las vibraciones del tímpano producidas por la conmoción del aire que emana de mister Henry James. Pero ¿quién puede desentrañar el significado de la voz de la ciudad? Salí a la calle para descubrirlo.

Primero fui a preguntarle a Aurelia. Llevaba un vestido de batista blanco y un sombrero con flores, y por todas partes se agitaban a su alrededor cintas y colgantes.

—Dime —le pregunté con un tartamudeo—, ¿qué es lo que la enorme, inmensa ciudad dice? Ha de tener alguna clase de voz. ¿Te habla a ti alguna vez? ¿Cómo la interpretas tú? Es una masa ingente, pero tiene que existir una clave.

—¿Como la llave de un baúl de Saratoga? —preguntó Aurelia.

—No —respondí—. No frivolices, por favor. Se me ha metido en la cabeza que cada ciudad tiene su voz. Todo ser tiene algo que decirle a quien pueda escucharlo. ¿Qué te dice a ti la gran ciudad?

—Todas las ciudades —aseguró Aurelia con tono judicial— dicen lo mismo. Son unánimes.

—En Nueva York hay cuatro millones de personas —dije yo con tono escolástico—, comprimidas en una isla, que es una especie de jamón rodeado por el agua de Wall Street. La conjunción de tantas unidades en tan pequeño espacio ha de resultar en una identidad —o más bien una homogeneidad— que encuentre su expresión oral en un canal común. Es, como si dijéramos, una especie de acuerdo de traducción, concentrado en una idea general cristalizada que se revela a sí misma como lo que podría ser denominado la Voz de la Ciudad. ¿Puedes decirme cuál es?

Aurelia sonrió, encantadora. Se sentó en el escalón más alto de la entrada de su casa. Una insolente ramita de hiedra se agitó rozándole la oreja derecha. Un atrevido rayo de luna jugueteó sobre su nariz. Pero yo permanecí impasible.

—Tengo que descubrir —dije— cuál es la Voz de esta ciudad. Otras ciudades tienen voz. Es una misión que he de cumplir. He de lograrlo. Escucha, Nueva York —proseguí, alzando la voz—, más te vale no decirme: «Oye, amigo, no puedo hablar para la prensa.» Ninguna otra ciudad se comporta de ese modo. Chicago dice tajante: «Lo haré». Filadelfia dice: «Debería hacerlo»; Nueva Orleáns dice: «Lo solía hacer»; Louisville dice: «No os preocupéis si lo hago»; Saint Louis dice: «Lo siento»; Pittsburg dice: «Esfúmate.» Y Nueva York... -Aurelia sonrió. —Muy bien —dije—. Buscaré y lo descubriré.

Fui a un local de suelo embaldosado y techo de querubines, con la policía a la vuelta de la esquina. Apoyé el pie en la barra de latón y le dije a Billy Magnus, el mejor barman de la zona:

—Billy, tú llevas mucho tiempo viviendo en Nueva York, ¿qué clase de serenata te ofrece esta vieja ciudad? Lo que quiero decir es si no te parece como si su parloteo se arremolinara y se deslizara por encima de la barra, como un remedo de propina que describiese con acierto la gran urbe mediante una especie de epigrama con una nube de cerveza y una rebanada de...

—Discúlpame un segundo —dijo Billy—, están llamando al timbre de la puerta lateral.

Se marchó; volvió con una jarra de hojalata vacía; volvió a desaparecer con ella llena, y finalmente regresó y me dijo:

—Era mami. Siempre llama dos veces. Le gusta tomar un vaso de cerveza para cenar. A ella y al niño. Si vieras al fresco de

mi pequeñín izarse en su silla alta y coger la cerveza... Pero ¿qué era lo que me decías? Me he alterado al oír los dos timbrazos... ¿Me preguntabas el resultado del partido de béisbol o me pedías un gin fizz?

—Ginger ale —le contesté.

Subí hacia Broadway. Vi a un poli en la esquina. Los polis recogen a los muchachos, abordan a las mujeres y enchironan a los hombres. Me acerqué a él.

—Si no es excesiva temeridad por mi parte —dije—, permítame preguntarle una cosa. Usted ve Nueva York durante sus horas de servicio. Es función suya y de sus colegas de la policía preservar la acústica de la ciudad. Tiene que existir alguna voz urbana que le sea inteligible. Durante sus solitarias rondas nocturnas ha tenido que oírla. ¿Cuál es el resumen de sus ruidos? ¿Qué le dice a usted la ciudad?

—Amigo —repuso el policía, haciendo girar la porra—, no dice nada. Yo cumplo las órdenes de mi superior. Un momento... creo que ya le he entendido. Espere aquí unos minutos y esté atento por si viene el inspector. —El policía se sumergió en la oscuridad de la bocacalle. A los diez minutos estaba de regreso. —Nos casamos el martes pasado —dijo, medio de mal humor—. Ya sabe usted cómo son. Ella viene a esa esquina todas las noches a las nueve para... viene a decir «hola». Por lo general, me las apaño para estar ahí. Pero ¿qué es lo que me ha preguntado hace un momento? ¿Que qué ofrece la ciudad? Hay una o dos terrazas abiertas doce manzanas más arriba.

Crucé por encima de unos raíles de tranvía, y fui paseando por el borde de un parque umbrío. Una Diana artificial, dorada, heroica, serena y dominada por el viento, brillaba con luz trémula sobre su pedestal bajo el claro resplandor de su tocaya en el cie-

lo. Y entonces llegó mi poeta con el sombrero puesto, apresurado, peludo, emitiendo versos. Lo agarré.

—Bill —le dije (en la revista se le llama Cleón)—, échame una mano. Tengo que descubrir la Voz de la ciudad. Es un orden especial, ¿entiendes? Normalmente, todo suele reducirse a un simposio que comprende las opiniones de Henry Clews, John J. Sullivan, Edwin Markham, May Irwin y Charles Schwab. Pero este asunto es muy distinto. Queremos una vocalización amplia, poética y mística del alma de la ciudad y su mensaje. Tú eres el más adecuado para ayudarme. Hace algunos años, un hombre fue a las cataratas del Niágara y nos trajo su timbre de voz. La nota estaba como unos dos pies por debajo de la Sol más baja del piano. Y no creo que se pueda reducir a Nueva York a una nota. Pero dame una idea de lo que podría decir si supiese hablar. Forzosamente tiene que ser un discurso poderoso y de largo alcance. Para llegar a él tenemos que captar el tremendo estrépito de los acordes del tráfico diurno, las risas y la música de la noche, los tonos solemnes del doctor Parkhurst, el *ragtime*, los lamentos, el sigiloso murmullo de las ruedas de los taxis, los gritos del agente de publicidad, el campanileo de las fuentes en las azoteas ajardinadas, el vocerío del vendedor de fresas y los cronistas del *Everybody's Magazine*, los susurros de los amantes en los parques. Todos esos sonidos han de entrar en la Voz, no combinados, sino mezclados, y de esa mezcla se ha de extraer una esencia, y de esa esencia un extracto audible, del que una sola gota habrá de formar aquello que perseguimos.

—¿Te acuerdas —dijo el poeta soltando una risita sofocada, de aquella chica californiana que conocimos la semana pasada en el estudio de Stiver? Pues voy ahora a verla. Repitió aquel poema mío, *El tributo de la primavera*, palabra por palabra. Es la más

inteligente de esta ciudad en este momento. Dime, ¿qué aspecto tiene esta condenada corbata? He estropeado cuatro antes de lograr que una quedase bien.

—¿Y la voz sobre la que te he preguntado? —inquirí.

—No, ella no canta —dijo Cleón—. Pero tendrías que oír-la recitar *mi Ángel de la brisa de la costa*.

Seguí andando. Me topé con un chico vendedor de periódicos, y me endilgó unas proféticas hojas rosa que le sacaban a las noticias una ventaja de dos vueltas de la aguja larga del reloj.

—Hijo —le dije, mientras fingía buscar unas monedas en mi bolsillo—, ¿no te parece a veces como si la ciudad pudiese hablar?

Con todos estos acontecimientos y negocios curiosos y cosas raras que suceden constantemente, ¿qué crees tú que diría si pudiese hablar?

—No me tome el pelo —dijo el chico—. ¿Qué periódico quiere? No puedo perder el tiempo. Es el cumpleaños de Mag, y necesito treinta centavos para comprarle un regalo.

No encontraba ningún intérprete de la voz de la ciudad. Compré un periódico, y arrojé sus tratados sin declarar, sus asesinatos con premeditación y sus batallas no libradas, al fondo de una papelería. Me dirigí al parque y me senté a la luz de la luna. Estuve pensando y pensado durante largo tiempo, preguntándome por qué nadie podía decirme lo que les preguntaba. Y entonces, tan súbita como la luz de una estrella fija, me llegó la respuesta. Me levanté y me apresuré, me apresuré como tantos razonadores se han de ver obligados a hacer, a regresar rodeando mi círculo. Conocía la respuesta, y mientras corría veloz la llevaba abrazada contra mi pecho, no fuera a ser que alguien me detuviese en el camino para arrancarme mi secreto.

Aurelia seguía sentada en la escalera. La luna estaba más alta y las sombras de la hiedra eran más profundas. Me senté a su lado y nos pusimos a contemplar una nube que se inclinaba hacia la errante luna para luego separarse, pálida y desconcertada. Y entonces, ¡prodigio de prodigios y delicia de delicias!, nuestras manos se tocaron de algún modo, y nuestros dedos se enlazaron y no volvieron a separarse.

Al cabo de media hora, Aurelia dijo con aquella sonrisa suya:

—¿Sabes que no has dicho una palabra desde que has vuelto?

—Esa —dije, asintiendo sabiamente— es la Voz de la ciudad.

JOSÉ LUIS ORDÓÑEZ

El cine perjudica seriamente la salud



JOSÉ LUIS ORDÓÑEZ

(Sevilla, España, 1973).

Licenciado en Filología, posee un Máster Internacional de Guión y ha completado su formación en Estados Unidos y el Reino Unido. Ha sido profesor de inglés en diferentes centros de educación secundaria, de lengua española en la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo y de escritura creativa en el primer Máster de Creación Literaria organizado en España. También ha sido guionista en televisión y ha colaborado como crítico de cine en Canal Sur Radio.

Ha escrito y dirigido varios cortometrajes exhibidos y premiados en festivales de todo el mundo, entre los que destacan «De vuelta a casa» (*Manhattan Short Festival 2004*, *Fotogramas en Corto 2005*) y «Tarot» (*Premio RTVA Mejor Creación Audiovisual Andaluza 2006*, *Short Film Corner de Cannes 2007*). Con la novela corta «Medusas» obtiene el accésit en el *XIV Certamen Literario Universidad de Sevilla* (2008), y al año siguiente, con «Perversidad en la 237», gana el primer premio en el *XV Certamen Literario Universidad de Sevilla* (2009). La compañía TNT-Atalaya (*Premio Nacional de Teatro 2008*) estrena la obra en la capital hispalense en otoño de 2010, antes de emprender una gira por el resto de España. En 2011 gana *ex aequo* el *VII Premio Internacional Sexto Continente de Relato Negro* con «El amor sólo existe en las novelas» y en 2012 gana el segundo premio en el *I Concurso de Relatos La Web del Terror* con «La recepcionista» y queda finalista del *VI Premio El espectáculo teatral* con la obra de teatro «Cuestión de fe».

Ha publicado el libro de relatos *Manhattan por el retrovisor*, la obra de teatro *237* y la novela *Lo macabro del amor*, y ha participado en las antologías *Monólogos escénicos*, *Palabras para un toro sin voz* y *Asesinatos profilácticos*.

Escribe en el blog Senderos de ficción:
<http://joselordonez.blogspot.com>

Había recibido el mensaje de texto de Pilar dos minutos después de que él le enviara el suyo. Le confirmaba que sí, que por qué no, que podían ir al cine, que sería buena idea. David sintió una euforia que le lanzó a conectarse a Internet y ver los horarios de los cines; quizá hubiera alguna buena película, quizá pudieran ir aquella misma tarde. «Me encanta el cine», le había dicho en aquel viaje que habían compartido a Nueva York tiempo atrás, y aunque quizá esas no habían sido sus palabras exactas, sí era cierto que las siete horas de aquel vuelo transoceánico habían transcurrido hablando de secuencias por las que sentían común devoción: del Pozo de Ánimas de «En Busca del Arca Perdida», los desenlaces de «Sospechosos Habituales» y «Seven», o la secuencia de la fiesta inicial en «Eyes Wide Shut». De eso hacía dos años, y aunque habían chateado alguna vez o intercambiado algún mensaje de texto, nunca habían podido quedar físicamente. David había estado ocupado con su mudanza nada más volver de Nueva York. Él y su mujer, Inés, se habían instalado en un apartamento cercano al centro de Sevilla. Después se había visto atrapado en una rutina laboral y social de la que en muy rara ocasión podía escaparse. David trabajaba como crítico de cine, y eso hacía que viajara a menudo al extranjero, pero cuando no lo hacía, tenía presentaciones, apariciones en programas de televisión local o regional, y solía colaborar en programas de radio. Además, de un tiempo a esta parte estaba intentando finalizar una novela, y cuando podía abandonaba Sevilla para ver a Inés, que hacía poco que había empezado a trabajar como profesora en un colegio de Almería. A veces ella venía a Sevilla y a

ÍNDICE

Prólogo Miguel Ángel de Rus	5
O. Henry <i>La voz de la ciudad</i>	9
José Luis Ordóñez <i>El cine perjudica seriamente la salud</i>	19
María Zaragoza <i>Que no eran molinos</i>	27
Francis Scott Fitzgerald <i>Seis a uno</i>	33
Juan Vivancos Antón <i>Un genio en Nueva York</i>	55
Jesús Yébenes Montemayor <i>La estrategia rusa</i>	61
Nelson Verástegui <i>Mi ficción sobre el caso DSK</i>	67
Lourdes Ortiz <i>El agujero</i>	73
José Luis García Rodríguez <i>Los secretos de Nueva York</i>	105

Andrés Fornells <i>Nueva York y la negra Samantha</i>	111
Horacio Quiroga <i>Los buques suicidantes</i>	129
Juan Serrano <i>Brooklyn</i>	137
José G. Cordoníe <i>El proyecto</i>	141
Henry James <i>Nueva York, 115 East 25th Street, 20 de diciembre de 1881</i>	151
Carlos Augusto Casas <i>Pasamontañas</i>	163
José Manuel Fernández Argüelles <i>Nueva York no existe</i>	189
Andrés Trapiello <i>The (Nueva York-Texas)</i>	191
Cristina Ruberte-París <i>Serendipity</i>	193
José Vázquez Romero <i>Falso despertar</i>	201
Joaquín Leguina <i>Paseo con Emma por Manhattan</i>	215

Elena Marqués <i>El traductor de señales</i>	223
Juan Martini <i>Caída del cielo</i>	229
Manuel Gómez Gemas <i>La mujer lunar</i>	233
Fabrizio de Potestad <i>Infortunio</i>	243
Jorge Majfud <i>Manhattan Jazz</i>	255
Joseba Iturrate <i>El último romántico</i>	263
El Vizconde de Saint-Luc <i>Después de Mars Attacks</i>	273
Ambrose Bierce <i>Un asesinato imperfecto</i>	277
Álvaro Díaz Escobedo <i>Hermosa, pero muy fría</i>	283
Isaac Belmar <i>Modesto en el State</i>	291
Edgar Allan Poe <i>La caja oblonga</i>	299

Miguel Angel de Rus	
<i>El café ya estaba frío</i>	317
Chester Himes	
<i>El paraíso de las chuletas de cerdo</i>	329
Tomás Pérez Sánchez	
<i>Una carrera entre rascacielos</i>	353
Mar Cueto	
<i>El reencuentro</i>	371
José Luis Alonso de Santos	
<i>Carta de amor a Mary</i>	379
Francisco Legaz	
<i>Carta de N.Y.</i>	387
Pedro Amorós	
<i>Término</i>	397
Anunciada Fernández de Córdova	
<i>Neón</i>	405